

PREGÓN DE LAS FIESTAS PATRONALES 2007

José Luis Puerto

Sra. Alcaldesa, Señoras y Señores Ediles de la Corporación Municipal, Sr. Presidente de la Asociación Cultural «Virgen de las Nieves», queridos paisanos, amigas y amigos de este pueblo entrañable, pequeño paraíso natural por el entorno de sus paisajes de magia y de luz que es nuestra querida villa de Mogarraz. Recordando antiguos y muy populares mogarreños en sus «relaciones» a la Virgen de las Nieves, como Agustín López Martín, «el Mauro», o Sebastián Martín Cascón, «Tianino», yo también, en esta tarde estival, me siento «amante trovador» para cantar a «nuestra Madre Celestial», como decía Agustín López, e «implorarle salud y larga vida también para que se siga practicando el bien», según relataba, literalmente, Sebastián Martín.

Bienvenidos, pues, todos, a esta cálida cita vespertina del Pregón inaugural para dar rienda suelta a las compuertas del entusiasmo y poder celebrar y compartir juntos, en apretón de unidad y buena camaradería, vecindad y amistad, los días alegres, de jolgorio bullanguero y de ocio gratificante de nuestras fiestas patronales de 2007, y al mismo tiempo, avivar en el espíritu y en el ánimo del sentir de nuestro pueblo, el cariño y la devoción a nuestra Madre, la Virgen de las Nieves.

Ni que decir tiene que es para mí un distinguido honor y una enorme satisfacción, como mogarreño, hijo y fruto de esta tierra serrana, poder siquiera esbozar con la pequeña aportación del granito de arena de mis palabras, de mis ideas, o de mis recuerdos, un prelude de bosquejo evocador que pueda servir de pórtico de nuestras Fiestas Patronales. Desearía que el impulso de mis palabras fuera como un eco de campanas alborozadas repicando y lanzadas al vuelo del viento de todos estos días, para llenar de gozo, y de sana algarabía, todos los rincones y corazones de nuestro pueblo en el marco regocijante y jaranero de nuestras fiestas.

Os confieso, sinceramente, que al intentar pergeñar el esbozo de las líneas orientativas de este Pregón, se me han ido agolpando montones de recuerdos, de momentos, de vivencias de aquellos tiempos felices de nuestra niñez, estampas vivas de la infancia, la dulce nostalgia del transcurrir del pasado, cuando pensábamos en la FIESTA casi como en una montaña de colores de luz, y en un sueño de ilusión, como en días gratamente inolvidables de reunión y acercamiento familiar, del abrazo de los amigos y de los parientes y forasteros de otros pueblos y lugares; de los ricos bizcochos de la tía María «la dulcera», y de los refrescantes y sabrosamente artesanales helados del tío Remisio, o del tío Horacio, «el sacristán», y el tío Gerardo echando al vuelo el júbilo en bronce de las campanas; del día «toro»-el año que lo había, pues no siempre era posible a causa de las penurias económicas-, con el «espejo-plaza» a lomos de los caballos hermosa y serranamente enjaezados; o el alboroto de los cohetes de la plaza; o las populares y muy expresivamente significativas relaciones del «gracioso»; o de las comedias al público en el escenario de la plaza del Solano; o de las «afotos», en blanco y negro, del retratista ambulante de turno, sobre un caballo grande de cartón y con fondo en fantasía de colores.

Os puedo asegurar que, cuando te arrancan del ambiente y de las raíces del pueblo a una edad tan tierna y temprana, como fue mi caso y el de algunos otros, en el deambular de nuestros cortos años, la añoranza y las imágenes del álbum de los

recuerdos de aquel tiempo lejano se te graban con más fuerza y más viveza en la retina de tu vida y en la profundidad de tus remembranzas.

Desde entonces, el recordar de la intrahistoria de nuestras calles, de nuestras recoletas plazuelas y el embrujo encantador de algunos de los rincones de nuestra villa, ha sido siempre un referente esencial en los parámetros íntimos de mi avanzar por los campos de la vida y del destino.

Cómo no recordar las tertulias de la fuente «la Pila», en la pequeña explanada por encima de aquel pilón antiguo, que yo he cantado en alguno de mis versos, que dicen así:

«Era un foro de tertulias y de encuentros
en el palpitar cotidiano
de la vida y de los aconteceres del pueblo.
Junto a aquel pilón plateado del lugar
crecía un retazo de historia,
de muchos lustros y años,
de muchos hombres y mujeres
transportando, en el barro de sus cántaros,
el agua vivificante de sus ilusiones
esperanzas y emociones
al remanso del hogar.

Un poquito más arriba crecía el viejo parral del «tío Charrusco», cuya savia sigue aún latiendo en nuestros días, siempre izado al viento de las ilusiones de las idas y venidas de la calle pionera del pueblo.

Siguiendo el paseo del tiempo, nunca he olvidado el eco, cercano y lejano a la vez, y me sigue sonando, en mis caminares, la transparencia cristalina del agua de nuestras fuentes manando versos de plata en el chorro de sus caños, y aquellos arroyuelos que corrían antaño bordeando la orilla de las piedras lavadas de nuestras empedradas calles .

El viejo rincón de Mané, siempre fuente de inspiración, ha ido entrelazando nuestra historia en el presente y el pasado, formando un poema de tiernos latires y requiebros de añoranzas. Este viejo rincón de Mané, decía yo en alguno de mis versos:

«colgado del aire azulado de los años
envejecido por el tiempo,
es como un canto a la nostalgia,
envuelto en celajes de añoranzas.

También recuerdo los juegos de la plaza, esta misma plaza, pero con aquella tierra antigua y casi como gastada por el transcurrir de los aconteceres cotidianos, donde hacíamos los «boches» para jugar con la pelota de trapo, o con los «tangos», o jugábamos al corro de la patata, a la «chirumba» o al «marro» las pandillas de muchachos

O los días de la vendimia en los que los mozos y las mozas con los arrieros y los «jurdanos», venidos de la cercana Extremadura, acarreaban las cargas de banastos y cestos de uvas hacia las lagaretas de los hogares y las casas.

O los días del «mondongo» y la matanza, cuando los críos y mayores, al ser del alba, entre la algarabía de la aurora matinal, los «jelechos» y el aguardiente, dábamos cuenta de los cerdos criados y cebados pacientemente durante el resto del año, y por la tarde, en la lumbre del corral, los chiquillos asábamos las apetitosas carnes del rabo y del «corato», mientras nos columpiábamos alegremente en el vaivén de la «engalea».

En uno de mis poemas, describía yo así la matanza:

«Eran aquellos días felices del «mondongo»
que comenzaban con las hogueras del alba
azuzadas por las llamas de los «jelechos»
para quemar las superficies pelosas del cerdo,
y seguían con el trago del aguardiente,
o con las sopas de ajo,
o con las migas calientes,
o los sofritos de «torreznos»
o la «engalea» de los críos.
O el «zajumerio» vespertino,
apostado sigilosamente en cualquier rincón
del portal de los vecinos».

O las fiestas de San Blas, con el colorido de las gargantillas al cuello, o el jolgorio del carnaval y la ilusión de los hombres y los mozos corriendo, entre máscaras, pieles y cencerros, bulliciosamente, por las calles y esquinas del pueblo; sin olvidar la ancestral tradición de la fiesta de las Candelas y de las Aguedas, bajo la lluvia o el sol de los primeros despertares de febrero.

O también los días de la «parva», donde se trillaba al sudor de la vida y la esperanza la cosecha de «jaces» de cebada, y por la tarde se aventaba para separar el grano de la paja, y después se tiraba del buen zurrón para alegrar el tiempo distendido de la merienda con porquero o queso de cabra.

O los días del hornazo, allá por Pascua Florida, cuando los muchachos, con la merendilla al hombro, corríamos a las parvas o al campo para degustar el sabor de sentirnos buenos amigos compartiendo el pan, el buen «yantar» y la buena «compaña».

O los días de todos los Santos, el «Magosto», en los que asábamos al calorcillo de la lumbre otoñal, las castañas, aquellos «calvoches» del pasado acompañados de algún cacho de tocino, o de magro.

¡Cuántos momentos y estampas en la retina de los años y del tiempo! Ha sido como ir rebobinando algunos pequeños retazos de los recuerdos y tradiciones de ese sentir serrano y mogarreño que todos los hijos de esta tierra y de este pueblo llevamos dentro.

Pero además, también tengo guardadas en el jardín de la memoria otras instantáneas, recopiladas con cierto aire y quehacer poético que conservo como inolvidables remembranzas. Así, por ejemplo, al pensar en la plaza del Solano:

Dibujo un corazón de sueños
en el lienzo de otros tiempos,
cuando nuestras pupilas aprendices de niños
contemplaban, al aire libre,

el arte mágico
de los versos y comedias al público
de nuestros trovadores y artistas,
sobre las tablas soñadoras
del teatro inspirado
en el decorado fantástico,
junto al pie de la escalinata
de la torre de nuestro campanario.
Cuando contemplo la fuente de «Cabolaldea»,
veo abrirse el chorro plateado de sus caños
bajo el dosel monumental de un tímpano de granito dorado.
A la llegada, en sudor y cuesta,
desde el pontón del camino de Cepeda.
La fuente de Arriba siempre la he admirado,
como formando un lienzo
extendido.
Junto al peristilo
de los soportales de la casa
colgada de la magia
Del Banco, acogiendo el caminar
de nuestra ascendente sed
como un humedecido y apacible remanso.
En la calle del Castillo
pasado el portón del jardín, con patio de juegos,
de las Escuelas chicas y de gritos de niños en recreo,
la mirada,
cuesta arriba, se cruzaba
con la imagen en fuego y brasas de la fragua
del tío Arsenio
forjando y moldeando herramientas
y duros y ardientes empuños.
En la calle del Peso,
y, ya casi al final de su cuesta empedrada,
y del recorrer ondulante de su paseo
en la melancolía del tiempo,
quedan todavía, en las entradas de mi memoria,
las huellas, en gradas
de madera casi derrumbadas,
del teatro de ocio y comedias
del mundo creativo
de nuestro pueblo siempre inquieto e imaginativo.
De los antiguos arroyos, recuerdo aquel agua viva,
que bordeaba y corría por las arterias de las calles
de nuestro pueblo, y de nuestra villa
como una transparente melodía
junto a este álamo centenario,
justo a su alrededor, en las tardes plácidas
del domingo festivo y bailarín,
se hacían el abrazo de los requiebros y caricias

de las parejas, al son de la gaita, de la danza
y el calor del tamboril.

Y en las Águedas, nuestras salerosas, lozanas y lindas mujeres,
entrelazaban el aire de sus mantones de Manila
y de sus «jilos» con el vuelo embrujado de sus sayas,
bajo los acordes del tamboril
y de la jubilosa algarabía por nuestros barrios y plazas.

He querido cantar y evocar una variada miscelánea de algunos momentos de
nuestras tradiciones, vivencias y recuerdos para entroncar las raíces de nuestro
ayer tendiendo un puente de enlace con el presente en el hoy festivo de nuestro
pueblo y, en ese punto de confluencia de nuestro pasado y de nuestro presente,
quisiera detenerme un instante para descorrer el telón del escenario acogedor,
alegre y verbenero de nuestras Fiestas patronales de hogaño.

En este marco evocador y emotivo de nuestras Fiestas, en el espacio gozoso y
abierto de nuestras calles, de nuestras plazas y de nuestras tertulias y bodegas, o
de nuestros rincones o bares, nadie debe sentirse forastero. El calor de lo
entrañable, de lo sincero y amigable debe presidir todas nuestras citas y
momentos. Por ende, hay que olvidar el estrés, las aristas cortantes y el sofoco del
mal «rollo», los roces estridentes y los momentos negativos, para subirnos al tren
edulcorante y relajante de la buena amistad y de la sana algarabía. Hay que
sentirse un poco como hermanados por el gozo y la alegría de poder festejar y
piropear juntos, un año más, a nuestra Madre y Patrona, la Virgen blanca de las
Nieves

Al llegar la fiesta de las Nieves, queremos que el azul de la mañana de nuestras
vidas se nos llene de luces, y el vuelo de nuestra imaginación se alce buscando las
cimas más altas del cariño mariano de nuestra Madre y Señora de este lugar.

Desde la transparencia del Pico del Cabril hasta la estampa incomparable del
mirador de la Peña la Cabra, pasando por nuestras laderas de «pareones» y
bancales peinados de cerezos, que parece sueñan de blanco al despuntar la
primavera, o el verde aceitunado de nuestros olivos, o el sabor a pámpanos y uvas
maduras de nuestras viñas y majuelos, o el regusto azucarado de los frutos de
nuestras higueras y ciruelos, o el espacio abierto en colores de nuestras hortensias
y geranios asomados a nuestras ventanas, balcones y tendales; desde la
luminosidad de esta nuestra plaza, siempre tutelada por la robustez de su álamo
centenario; o el embrujo de todos nuestros rincones bellamente originales y
estéticos, toda la historia y encanto de nuestras tradiciones forman un lienzo
variopinto y multicolor que arrodilla sentida y profundamente la belleza de su
entorno y sus paisajes luminosos a la plantas de su Madre y Patrona.

Por eso, hay que seguir rescatando y realzando el sabor, los valores de la tradición
y el gusto regocijante de nuestra Fiesta. Hay que ponerse en camino de viva
emoción y devoción dando rienda suelta al corazón en desbandada sincera y
gozosa, para disfrutar y compartir juntos los próximos eventos de las Fiestas de
nuestra Patrona.

Que las Nieves, nuestra Fiesta, se convierta en una balconada ilusionante
recamada de proximidad personal y convivencia vecinal; que se abran, de par en
par, las puertas del ambiente sanamente embriagante de nuestras bodegas donde
podamos compartir los buenos tintos y claretos de nuestra tierra .

Y ya para terminar, no sin antes tener una palabra de sincero reconocimiento y agradecimiento para el quehacer silencioso y recatado de todas las personas que han trabajado en el pasado y los que siguen trabajando en el presente, día a día, por el resurgir y la esplendente planificación y programación de estos eventos festivos, así como un recuerdo especial y sentido por los que ya se fueron al más allá, entre los más recientes, el buen amigo José, «el zapatero», y el inolvidable «Titón», «el tamborilero», y para todos aquellos otros que, por diversas patologías y serias enfermedades yacen en el lecho de su dolor y no pueden hoy acompañarnos, quisiera terminar, digo, con unos versos que son un poco como la síntesis poética de mensaje anunciador que acabo de exponer:

Festejar a nuestra Patrona,
esa Madre blanca de amor y Nieves,
es tejer un rosario de plegarias
que vayan subiendo, en volandas,
hacia su trono,
acompañando los gozos y las sombras
de un pueblo que sueña, por los senderos de la vida,
en el entrañable calor de su Madre del alma.
Queremos que todo el paisaje humano
de nuestras plazuelas y rincones,
y la luz, azuladamente abierta de esta nuestra plaza,
se transforme en un apretón de júbilo,
de amistad sana y sincera,
y en un manantial de frescura,
limpia, sana y bullanguera.
Con tal empeño, yo te canto,
con mi verso humilde y sencillo,
¡oh Virgen de las Nieves!,
estandarte blanco,
de sol, amor y sueños,
para que orientes y conduzcas
por los mares azules de la vida
los veleros e inquietudes
de nuestro querido pueblo.
Yo te canto, ¡Madre de las Nieves!,
Paloma luminosa de nuestras laderas y senderos,
para que cobijes con tu manto,
y con las alas luminosas de tu mirada,
los vuelos y andares de tus hijos
en el crecer infatigable de sus proyectos.
Yo te canto ¡Oh Virgen y Madre de las Nieves!
Aurora plateada de nuestras fuentes,
Luz encendida de nuestras montañas y valles;
Geranio florido de sol, de sonrisas y colores
en el perfume azulado de nuestros ventanales y balcones,
para que bendigas y te asomes con tu ternura
al temblor amoroso de nuestros corazones,
y al viento cálido de nuestros barandales,

engalanados de filigranas, y recamados
con colchas y manilas de ilusiones
en el frontispicio de nuestras Fiestas Patronales.
Yo te canto desde el cariño tierno y sincero
de todas las gentes sencillas de nuestro pueblo,
¡oh Madre de las Nieves!,
yo te canto desde lo más florido de nuestras cosechas,
desde nuestras pujantes, artesanales, madereras, chacineras
y turísticas industrias, e iniciativas empresariales y personales,
y desde todo lo mejor de nuestro trabajo
enhebrado con nuestro duro sudor e infatigable
ahínco cotidiano;
y desde aquellas antiguas herramientas de « sachos»,
«petallas», « corvillos » y « legones »
siempre al hombro del ser del día de nuestros caminares
e ilusiones.
Y para que te siga cantando,
a este tu humilde mogarreño trovador.
Sigue inspirándole, Madre,
ramilletes de versos de luz y color
y de tiernas y sencillas palabras,
para perseverar siempre ensalzando,
de este tu pueblo fiel de Mogarraz,
los amores, los sentires, los gozos y alabanzas.

¡VIVA LA VIRGEN DE LAS NIEVES!
¡VIVA MOGARRAZ! Muchas gracias.